

LAS TRANSFORMACIONES EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Ricardo Martín de la Guardia
Universidad de Valladolid

Poco antes del fallecimiento del general Franco tuvo lugar en Helsinki una cumbre internacional cuyas consecuencias fueron de notable importancia para el desarrollo futuro de la Guerra Fría, aunque sus primeros resultados tardaran en percibirse. La Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, gestada por iniciativa de la Unión Soviética, pretendía poner las bases de un acercamiento entre bloques sobre criterios de actuación más firmes que los existentes hasta entonces. En el ánimo de los convocantes a la reunión estaba que el diálogo fluido entre los dirigentes de países con modelos políticos, sociales y económicos dispares impulsara a limar diferencias hasta consensuar un texto aprobado por todos capaz de establecer un marco permanente de entendimiento. Si bien en un principio los Gobiernos occidentales criticaron la idea por considerarla una maniobra propagandística más en la larga serie de gestos vacíos de contenido protagonizados por los soviéticos, eventualmente se sumaron a la iniciativa. El proceso de maduración de la Conferencia fue muy largo, desde las sesiones preparatorias iniciadas a finales de 1972 hasta su celebración en los últimos días de julio de 1975. Más de treinta países estuvieron representados por sus más altas autoridades en aquellas jornadas, así como en la firma del Acta Final el 1 de agosto. Henry Ford, Leónidas Breznev, Valéry Giscard d'Estaing, Aldo Moro y Carlos Arias Navarro, entre otros, ratificaron con su asistencia la voluntad de comenzar una nueva fase en las relaciones intraeuropeas, una época de mayor seguridad y colaboración con repercusiones que rebasarían las fronteras

del Viejo Continente para afectar al orden internacional en su conjunto.

En ese clima de mayor comprensión, al otro lado del océano Atlántico el demócrata Jimmy Carter ganaba en 1976 las elecciones a la Presidencia de Estados Unidos con un mensaje optimista y renovador con el fin de atajar el problema de la inflación y el paro en su país y de abanderar la defensa de los Derechos Humanos en todo el orbe, resuelto, por consiguiente, a no mantener más regímenes dictatoriales. Después del apoyo de Washington a Israel en la guerra de 1973, Carter trató con denuedo de acercar posiciones hasta entonces irreconciliables, algo que consiguió en 1978 con la firma de los Acuerdos de Camp David, que al año siguiente llevó la paz a Israel y Egipto. Tras este fulgurante éxito, pronto vendrían fracasos como el secuestro de los rehenes norteamericanos en Teherán en 1979, tras la revolución de Jomeini. La falta de resolución ante esta crisis mostró el flanco más débil de la diplomacia estadounidense, que parecía batirse en retirada en África, Oriente Próximo y América Latina, dejando la vía libre a una mayor influencia de la URSS.

Sin embargo, a pesar de las apariencias, la otra superpotencia no atravesaba su mejor momento. El final de la época de Breznev –los últimos años setenta y primeros ochenta– coincidió con un estancamiento de la economía soviética a pesar de los diferentes planes regeneradores y estabilizadores que en vano trataron de aplicarse, sobre todo en la industria. El despilfarro de los recursos naturales y la escasa eficiencia

en su asignación hipotecaban al país, que, con todo, en aquellos años todavía mantenía una política exterior y una carrera armamentística muy ambiciosas con el fin de favorecer sus intereses estratégicos en África (Angola, Etiopía), América (Cuba) y Asia (Vietnam).¹

Favorecida por la debilidad que percibía en su rival, a finales de 1979 la URSS invadió Afganistán, dejando en suspenso la aplicación de los Acuerdos SALT II, firmados con Estados Unidos, sobre la limitación de armas de largo alcance. Presionado por los republicanos y por la pérdida de prestigio tanto en su país como entre sus aliados, Carter aumentó notablemente el gasto en defensa, que había alcanzado mínimos históricos. Ciertamente, a las puertas de su disolución, la Guerra Fría entraba en una nueva etapa de actividad.

En enero de 1981 el republicano Ronald Reagan llegaba a la Presidencia de la Unión para recuperar la iniciativa en política exterior frente a la URSS. Libre de complejos ideológicos y convencido de que su país aventajaba a los soviéticos en los terrenos económico, tecnológico y militar, Reagan reorientó la política exterior con tres objetivos básicos: en primer lugar, frenar el expansionismo soviético en el Tercer Mundo, en especial en el Medio y Próximo oriente (ayuda militar a los guerrilleros afganos; apoyo permanente a Israel para contrarrestar la influencia en la zona de terceros países como Siria; hostigamiento de países como Libia, considerados impulsores del terrorismo internacional) y en Iberoamérica (actuaciones militares abiertas —invasión de Granada, apoyo a los regímenes militares de la zona, etc.— o encubiertas —ayuda a la «contra» nicaragüense— para terminar con la influencia comunista en Centroamérica). En segundo lugar, el veterano mandatario estaba seguro de la superioridad de los valores que informaban el modelo de vida occidental (economía libre de mercado, democracias parlamentarias, amplio reconocimiento de las libertades personales) y, por ende, de la necesidad de extenderlo al resto del planeta para hacer patentes las

profundas contradicciones en las que se movía el sistema socialista. El tercer objetivo radicaba en garantizar el poderío militar de Occidente como elemento disuasorio en la confrontación entre bloques.

En efecto, mientras la opinión pública internacional todavía recordaba las arduas negociaciones entre soviéticos y norteamericanos sobre la limitación del arsenal nuclear que condujeron a los acuerdos SALT II, la distensión había dejado paso a un nuevo impulso en la carrera armamentística con el despliegue de misiles soviéticos SS-20 en Europa oriental y de Pershing II y Cruise norteamericanos en el territorio occidental. Sin embargo, no fueron estas advertencias mutuas las que realmente tuvieron un impacto directo para el futuro de la Guerra Fría. Reagan apostó por un sistema defensivo muy perfeccionado con capacidad para anular cualquier ataque de la otra superpotencia. Esta suerte de escudo espacial quebraba el status quo asumido por Estados Unidos y la URSS hacía dos décadas, la denominada *Destrucción Mutua Asegurada*. La extraordinaria inversión necesaria para neutralizar el proyecto norteamericano arrumbaba las expectativas del Kremlin de alcanzar un nivel de seguridad siquiera parecido al de su rival. La Iniciativa de Defensa Estratégica, más conocida como *Guerra de las Galaxias*, consistió en la apuesta por superar definitivamente a la URSS en la escalada armamentística, con el fin obligar a los soviéticos a que, reconociendo la supremacía de los estadounidenses, renunciasen a la confrontación militar. Con todo ello, el presidente se proponía restituir a su país el prestigio que, según su opinión, había perdido en el tablero mundial durante la época de Carter.²

Mientras, en el Viejo Continente las Comunidades Europeas continuaban por su doble senda de la ampliación y la profundización. En noviembre de 1981, apenas efectuada la incorporación de Grecia y en plenas conversaciones para la de España y Portugal, la Europa de los Diez elaboró un proyecto de integración en materias tan sustanciales como la política interior y exterior;

la educación y la justicia, entre otras. El Consejo Europeo de Stuttgart aprobó la propuesta en junio de 1983, y pese a la disparidad de posiciones presentes Jacques Delors, presidente de la Comisión, consiguió que prosperara el Acta Única Europea, un verdadero hito en el proceso. Firmado el 17 de febrero de 1986, entraría en vigor el 1 de julio del año siguiente y sus objetivos de establecer un mercado interior y financiero único, incrementar los vínculos económicos, fortalecer la cohesión social e impulsar la cooperación política de los socios irían cumpliéndose en la década de los noventa.³

Hacia el final de la Guerra Fría. El desplome de una superpotencia

Apenas habían pasado dos años desde la firma del Acta Única cuando el curso de la Historia comenzó a acelerarse. El cambio de década, entre 1989 y 1991, supuso una etapa de transformaciones profundas en el tablero internacional, cuyo colofón fueron la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la URSS.⁴ Hasta para los analistas más avezados en el estudio de la Guerra Fría y la realidad internacional aquellos hechos supusieron una sorpresa al desmoronarse en un breve espacio de tiempo certezas hasta entonces inmovibles.

El inicio del fin tuvo mucho que ver con el fracaso —y la frustración general provocada en su propio país— del vasto a la par que poco articulado plan de reformas impulsado por Mijail Gorbachov desde su ascenso a la Secretaría General del Partido Comunista de la Unión Soviética en marzo de 1985. La sincera voluntad regeneradora del nuevo líder chocó desde el principio con la incomprensión y obstinada resistencia al cambio mostradas por amplios sectores de la *nomenklatura*, enquistados en el engranaje del sistema. La renuencia de quienes habían venido beneficiándose y cooptando en los puestos de decisión a variar los fundamentos del socialismo realmente existente empujó una tendencia por otro lado irreversible: la

incapacidad de la economía planificada de acomodarse a las transformaciones inducidas por los cambios tecnológicos, la incapacidad de crecer y competir con su rival capitalista.

El resultado de la perestroika fue desastroso. Ante la imposibilidad de acometer cambios estructurales, las consecutivas reformas parciales terminaron por convertirse en parches que introdujeron disfunciones graves en los obsoletos sistemas de producción y distribución. Su corolario fue el empeoramiento de las condiciones de vida de la población, en especial de las capas más desfavorecidas.⁵

Como en el caso de la economía, la vida político-institucional se vio trastocada por las reformas introducidas en su actividad y condujeron al Estado a una situación de descomposición en ciernes. El intento, por parte del equipo de Gorbachov, de hacer más eficaz el funcionamiento de la administración, luchando contra la corrupción generalizada, tratando de descentralizar la toma de decisiones y buscando un personal político no contaminado por las viejas prácticas del sistema, no rindió los frutos esperados; más bien, todo lo contrario. La flexibilización del control sobre la sociedad ofreció la oportunidad a grupos e individuos que, desconfiando de las expectativas de regeneración interna de la URSS, trataron de avanzar más de lo que el sistema podía permitir. Al frente de esta impetuosa corriente renovadora quiso marchar Gorbachov, consciente de que el camino emprendido era irreversible. En esta tesitura, en marzo de 1990 fue abolido el artículo sexto de la Constitución, donde figuraba de forma explícita el papel hegemónico del Partido Comunista en la vida soviética, lo cual provocó un gran caos en los órganos del Partido-Estado y una completa descoordinación entre todas las instituciones.⁶

Consecuencia de la mayor tolerancia introducida por la *perestroika* fue la irrupción y vertiginoso fortalecimiento de los movimientos nacionalistas, que a la postre resultaría letal para la Unión. Desde las repúblicas bálticas a las

centroasiáticas, pasando por el Cáucaso e, incluso, por el interior de Rusia, el conflicto entre el centro y la periferia se radicalizó ante las reivindicaciones cada vez más extendidas de respeto a las distintas culturas. No era menos cierto que estas peticiones de mayor autonomía también ocultaban el ferviente deseo de las elites autóctonas de preservar el poder; de ahí el súbito traslado de legitimidad del Partido Comunista a cada uno de los grupos secesionistas alimentados por la situación. Se avizoraba el complejo panorama del espacio postsoviético, en donde el camino hacia la democratización iba a verse seriamente dificultado por estos líderes y sus adeptos, devenidos en defensores de lenguas, religiones y culturas supuestamente oprimidas por Moscú, cuando en la mayor parte de los casos ellos mismos eran los culpables de tal atropello.⁷

Si ya era difícil preservar las características más propias del régimen económico y político de la URSS, a la altura de 1990 peligraba hasta su propia existencia. De hecho, a finales de 1989 Gorbachov proponía un nuevo Tratado de la Unión para salvar en lo posible a la superpotencia.⁸ Ya era muy tarde. Ante la invitación del líder para iniciar las conversaciones en junio del año siguiente, las repúblicas más díscolas —Lituania, Letonia y Estonia— declinaron participar en cualquier foro donde no se reconociera su independencia, y pronto Moldavia, Georgia y Armenia abandonaron la negociación para proclamar su soberanía y emprender un nuevo rumbo por su cuenta y riesgo. Las nueve repúblicas restantes —Rusia, Bielorrusia, Ucrania, Azerbaiyán, Tayikistán, Uzbekistán, Turkmenistán, Kazajistán y Kirguizistán— aceptaron, no sin reticencias, un texto cuya aprobación debían firmar todas las partes el 20 de agosto de 1991. El intento de golpe de Estado organizado por los sectores comunistas más recalcitrantes del Partido la víspera de la firma hizo más por la rápida descomposición de la URSS que las crisis y tensiones padecidas en los últimos años: ante el asombro de la opinión pública internacional y de muchos

de quienes durante décadas habían pugnado por minar el poder soviético, el 2 de septiembre de 1991 sería disuelto el Congreso de los Diputados Populares, y con él, el Soviet Supremo y el Gobierno de la Unión Soviética.⁹

El Este vira hacia el Oeste

La situación socioeconómica de Europa oriental durante los años ochenta mostraba también la precariedad de la planificación centralizada. Los síntomas de agotamiento de sus economías extensivas, los desequilibrios estructurales entre los sectores productivos, las disfunciones organizativas y la excesiva dependencia respecto de la Unión Soviética en los intercambios comerciales eran rasgos generalizados y comunes a las denominadas *democracias populares* y se traducían en unos sistemas productivos estancados —o incluso en franco retroceso— así como en niveles reales de vida muy bajos, máxime en comparación con Europa occidental. Estos hechos alimentaban un malestar social creciente, de ahí que cuando el sometimiento a las políticas marcadas por la URSS comenzó a relajarse después de la llegada de Gorbachov a la Secretaría General del PCUS y, sobre todo, después de que el líder soviético proclamara la libertad de decisión de sus aliados, la situación cambió drásticamente. De este modo, tras el final de la doctrina de soberanía limitada las democracias populares no decidieron mantenerse dentro del sistema de influencia soviética, como pensaba Gorbachov, sino romper vínculos e iniciar una nueva etapa en sus respectivas historias nacionales.¹⁰

Sin duda, por su relevancia simbólica, la rápida descomposición de las estructuras de poder de la República Democrática de Alemania a lo largo de los meses previos a la caída del Muro de Berlín ofrece un excelente ejemplo de la absoluta pérdida de apoyo popular de estos sistemas. El crecimiento de la disidencia durante la década de los ochenta estuvo en relación directa con el retroceso del nivel de vida y con la incapacidad del Gobierno para frenarlo. Los grupos

que pronto iban a constituir una oposición real iniciaron su andadura con críticas al incremento de la acción represiva del Estado después de producirse en 1984 algunas manifestaciones contrarias a la cerrazón del Régimen. Muchos analistas han subrayado el proceso de militarización de la vida pública al que condujo el cierre de filas de la vieja guardia comunista del Partido Socialista Unificado (*SED*) precisamente en el momento en que la Unión Soviética pretendía aflojar las riendas.

Conviene recordar que los incipientes movimientos de disidencia planteaban entonces ideas relacionadas con una suerte de regeneración del sistema cuyo objetivo era liberalizar y hacer más eficaz el socialismo germanooccidental sin ponerlo en entredicho. Al respecto, sus propuestas se vieron en principio reforzadas por la nueva actitud de los dirigentes del Kremlin. Sin embargo, frente a estos sectores, el aparato del Estado reaccionó en sentido opuesto, siguiendo el criterio del secretario general del *SED*, Erich Honecker. Como antes señalábamos, la persecución se acentuó todavía más en el Estado de los Obreros y Campesinos —donde ya era práctica habitual— bajo la forma de detenciones arbitrarias y cierre de locales: muy significativamente, en octubre de 1988 fue clausurada la revista *Sputnik*, conocida por su afinidad con la línea política seguida por Gorbachov.

Ante el deterioro de las condiciones de vida y la asfixiante atmósfera de represión, quienes pudieron optaron por marcharse, favorecidos por la apertura de la frontera entre Austria y Hungría en mayo de 1989, huida que se hizo masiva a lo largo del verano y el otoño. Se calcula que entre mayo y septiembre de aquel año unas 400.000 personas —muchas de ellas, jóvenes cualificados profesionalmente— fueron acogidas en territorio de la RFA. En aquellas mismas fechas y en el interior del país, miles de opositores salían a las calles en grandes ciudades como Dresde y Leipzig, poniendo en evidencia al Régimen, cuya legitimidad quedaba hecha añicos.¹¹

La conmemoración del cuadragésimo aniversario del nacimiento de la República Democrática de Alemania a comienzos de octubre de aquel año iba a resultar, a la postre, la consumación de su óbito. De poco sirvió la imponente campaña propagandística articulada para exaltar la figura y la obra de Honecker. El propio Gorbachov afirmó durante su visita a Berlín Este que el respaldo soviético seguiría solamente en el caso de que la República Democrática abriera una vía reformista.

Los acontecimientos se precipitaron. Apenas transcurridas las celebraciones, el día 18, el pleno del Comité Central sustituyó en la Secretaría General del Partido al histórico dirigente Erich Honecker por Egon Krenz, a quien encargaba ahora la adaptación del *SED* a las exigencias del momento. Sin embargo, la suerte estaba echada. La debilidad del Partido y la absoluta ineficacia del Estado a la hora de dar una mínima solución siquiera a los gravísimos problemas anunciaban la caída del Régimen.

Desamparada por el Kremlin y sin capacidad de reacción en un contexto de completo desorden, la elite comunista capituló: el 9 de noviembre de 1989 se produjo la apertura del Muro de Berlín, símbolo durante años de la división del mundo en bloques. Mientras tanto, la idea de la reunificación cobró fuerza creciente, tal como mostraban las manifestaciones masivas de una población que desbordaba las previsiones sobre la regeneración del sistema elaboradas por los propios movimientos opositores.¹²

Entre noviembre de 1989 y marzo de 1990, fecha en que se fijó la celebración de elecciones libres para la cámara parlamentaria de la RDA, las fuerzas políticas dispusieron de un breve plazo de tiempo para acomodarse a las exigencias de una sociedad que clamaba por la unión con sus hermanos occidentales. Los resultados de aquella convocatoria dieron el triunfo a las fuerzas democristianas aliadas del canciller Helmut Kohl, y así se aceleró el proceso de reunificación: el 1 de agosto de 1990 se ratificaba el Tratado de Unificación en Berlín, la antigua capital imperial.¹³

Aunque ni Londres ni París habían manifestado especial interés, la actitud favorable de Washington y la incapacidad soviética —a tenor de su situación interna— de proponer una alternativa animaron a las potencias internacionales a apostar por la reunificación. La condición necesaria era que la nueva Alemania continuara formando parte de las Comunidades Europeas y de la OTAN. En efecto, la receptividad de la Administración Bush hacia la unión de las dos Alemanias¹⁴ estaba en relación directa con el triunfo, tras más de cuatro décadas de confrontaciones, del modelo liberal capitalista occidental frente a su rival de posguerra. Al fin y al cabo, la desaparición del Telón de Acero podía interpretarse como una victoria de sus posiciones tradicionales en defensa de la democracia parlamentaria y la economía libre de mercado. En definitiva, el apoyo norteamericano fue determinante para el éxito del rápido proceso de unidad alemana así como para el futuro de toda Europa, siempre dentro de una estrategia que se perfilaba ya de Postguerra Fría. Los lazos de la nueva Alemania con Estados Unidos quedaron reforzados y redundaron en una mayor influencia de Washington en todo el continente. Además, venciendo sin trabar combate, la OTAN salió igualmente fortalecida.

La unidad alemana constituyó un acicate para redefinir la seguridad en el Viejo Continente ante los cambios que dicha unidad y la descomposición del mundo soviético anunciaban en el orden internacional. Anclada dentro del proceso de construcción europea, la resolución del problema alemán eliminó de raíz, en la medida de lo posible, cualquier consecuencia nociva para la estabilidad de la región.¹⁵

Un conflictivo orden de Posguerra Fría

Fue George Bush quien recibió la herencia del carismático Reagan y protagonizó la transformación del sistema de relaciones surgido de la Segunda Guerra Mundial. Con el hundimiento del bloque soviético, y a través del G-7, Estados

Unidos auspició un vasto plan de ayuda (que gestionaría la CEE) a los países del centro y sureste de Europa después de que estos comenzaran la transición a la democracia, asegurándose de este modo la superpotencia la amistad y reconocimiento de quienes hasta hacía poco le habían sido hostiles. En esta misma línea, ahora como actor influyente en el antiguo espacio soviético, Bush apoyó sin fisuras las políticas profundamente reformistas de Boris Yeltsin en la Federación Rusa, una vez que la URSS había dejado de existir en diciembre de 1991. También en su zona de influencia más cercana, en Centroamérica, la presidencia de Bush favoreció el fin de viejas y sangrientas contiendas: baste citar, como casos paradigmáticos, la derrota electoral de los sandinistas en Nicaragua y el derrocamiento del general Noriega en Panamá. La situación de Cuba se convertía así en un incómodo recordatorio de que todavía quedaban abiertos algunos puntos de fricción de la Guerra Fría.

Mucho más grave se tornó la situación en Oriente Medio, un avispero que advertía a los líderes mundiales de que el conflicto armado continuaba muy presente en la recomodación de las relaciones internacionales en la inmediata Posguerra Fría. El 2 de agosto de 1990 fuerzas militares iraquíes penetraron en territorio kuwaití, rompiendo la siempre precaria estabilidad en esta zona del globo. Sin hallar apenas resistencia, el Ejército de Sadam Hussein ocupó el país en apenas una jornada. Inmediatamente se pusieron en funcionamiento los mecanismos sancionadores de las Naciones Unidas, que instaron al invasor a la retirada. Tras repetidas advertencias infructuosas, el presidente Bush se puso al frente de una gran coalición que contó con el apoyo de la ONU. La importancia de aquella residía en que, junto a los miembros de la OTAN, la integraban países árabes de la región, lo cual le otorgaba todavía mayor legitimidad. El éxito fue rotundo, y en febrero del año siguiente la operación *Tormenta del Desierto* terminaba con la temeraria incursión de Sadam.¹⁶

El líder iraquí, pensando en clave de Guerra

Fría, calculó mal sus posibilidades, convencido como estaba de que nunca se pondrían de acuerdo para ir contra él los Gobiernos de países tan dispares.¹⁷ Sin embargo, el proceso de transformación en que estaba sumido el orden internacional favoreció la unidad de acción en torno a las decisiones tomadas por la ONU. De hecho, el desarrollo y desenlace de la crisis de Kuwait constituyó una prueba contrastada del final del enfrentamiento entre bloques que había definido aquel orden internacional.¹⁸

Con todo, y aun considerando la unánime respuesta de la mayor parte de los Gobiernos del planeta, la reacción de muchos musulmanes fue distinta de la que expresaron sus gobernantes, más mediatizados por Estados Unidos. El extendido sentimiento antioccidental cobró fuerza con las imágenes de las fuerzas de la coalición avanzando por un territorio árabe, imágenes que, en la sesgada interpretación de los sectores radicales, auguraban una nueva colonización precedida por una toma militar. Esta impresión, unida a que el partido *Baaz* iraquí, instrumento empleado por Sadam para mantener el control, reclamaba todavía el panarabismo como forma de combatir la occidentalización, contribuiría poderosamente a fijar en el imaginario colectivo de muchos musulmanes la identificación del mal con el infiel occidental en general y con el estadounidense en particular,¹⁹ un mecanismo psicológico de gran potencial destructivo y, por consiguiente, de trascendental importancia en el desarrollo ulterior de la Posguerra Fría.

Apenas consumada la victoria en el golfo Pérsico estallaba la guerra en el flanco suroriental de Europa. La evolución de la Federación Yugoslava desde la muerte del mariscal Tito en 1980 había hecho albergar cada vez menos esperanzas sobre la continuidad de su obra. Las abrumadoras desigualdades socioeconómicas existentes entre unos territorios que teóricamente deberían haber alcanzado, al menos, cierta homogeneidad habían sido explotadas por las fuerzas locales para enconar las diferencias en lugar de fortalecer los vínculos de unión, entre ellos, las

instituciones federales. A mediados de la década de los ochenta la crisis integral era un hecho patente a los ojos de todos los observadores. Al frente del Gobierno serbio, Slobodan Milosevic decidió anular la autonomía de Kosovo y Voivodina, forzando así un cambio constitucional con miras de centralización.²⁰ Por su parte, las autoridades eslovenas y croatas, preocupadas por el sesgo que iban tomando los acontecimientos, propusieron la elaboración de un texto de carácter confederal para evitar la presumible primacía de Serbia a la hora de decidir el futuro de la Federación. La Liga de los Comunistas de Yugoslavia, que debía articular el proceso, entró en declive. Las tensiones nacionalistas, los agravios comparativos, las diversas formas de entender la estructura del Estado terminaron por hacer saltar por los aires al Partido y, con él, a los intentos postreros de mantener algún vínculo de unión.²¹ En junio de 1991 tanto Eslovenia como Croacia se declararon independientes; lo mismo harían Macedonia en septiembre y Bosnia-Herzegovina en marzo de 1992. Al mes siguiente Serbia y Montenegro, tratando de preservar la herencia del pasado inmediato, constituyeron la Federación Yugoslava. Las armas, no obstante, ya habían empezado a sonar: el Ejército federal, controlado fundamentalmente por serbios, trató de frenar por la fuerza los movimientos secesionistas.²²

Aunque con distinta intensidad y consecuencias, la guerra afectó a la práctica totalidad del antiguo territorio yugoslavo y se prolongó en varias fases desde el inicio del verano de 1991 hasta junio de 1999. Si todas las conflagraciones son por definición trágicas, esta será recordada por el empleo sistemático de la llamada *limpieza étnica*, un sangriento intento de eliminar en una zona determinada a toda persona que se considere perjudicial para la existencia de una nación étnicamente pura. Aunque la ONU condenó esta práctica taxativamente, y en una etapa todavía temprana del conflicto —en agosto de 1992—, todos los contendientes la utilizaron en algún momento. Fue durante el conflicto en

Bosnia-Herzegovina donde la limpieza étnica alcanzó su mayor capacidad destructiva: el Ejército serbio dedicó gran parte de sus esfuerzos a la eliminación sistemática del *otro* dentro del territorio bosnio. Ante la envergadura de la masacre, la ONU autorizó en agosto de aquel año la creación en La Haya de un tribunal internacional para perseguir a los responsables de los crímenes de guerra, considerados como delitos de lesa humanidad.²³

Los dirigentes europeos no consiguieron frenar las hostilidades, que golpearon con dureza a una de las regiones del continente que más había sufrido a lo largo de la Historia. Paradójicamente, cuando el final del control ejercido por la URSS animaba a los países antes sometidos por ella a restablecer instituciones y valores propios del ideal europeísta, la reactivación de la *cuestión balcánica* a través del peor de sus resortes, la guerra, remitía a los ciudadanos del Viejo Continente al horror de experiencias que parecían ya superadas. Para Yugoslavia el tiempo nuevo comenzó a escribirse con palabras viejas. Los últimos coletazos del siglo XX venían de la mano de la fragmentación, el nacionalismo exacerbado y el dogmatismo ideológico, una combinación letal, como pronto iba el mundo a tener la ocasión de comprobar. Yugoslavia significó el final de las expectativas puestas en un mundo más estable, donde la seguridad colectiva pudiera estar garantizada por la ONU. Los despachos de las Comunidades Europeas, reconvertidas en Unión Europea tras el Tratado de Maastricht firmado en febrero de 1992, se vieron sacudidos por la impotencia de articular siquiera una política conjunta ante el retorno de la barbarie en los Balcanes en un momento en que, precisamente, la aplicación de dicho Tratado aspiraba a diseñar una acción exterior única para todos los miembros. Fue Estados Unidos quien tuvo que intervenir y, obligado por las circunstancias, inmiscuirse en los asuntos europeos para poner fin a la guerra: además de auspiciar la Asociación por la Paz a comienzos de 1994 como escenario de colaboración entre la OTAN y los países del Este, bombardeó posicio-

nes serbias y el 21 de noviembre de 1995 obtuvo tanto de serbios como de croatas y bosnios un acuerdo de paz en Dayton.²⁴

Al acceder Clinton a la Casa Blanca en enero de 1993²⁵ —coincidiendo con la primera fase de transición a la democracia en los países antes soviéticos— la nueva Administración demócrata llevó a cabo una política exterior básicamente continuista con los objetivos teóricos de consolidar en el mundo los valores de la democracia y el libre comercio y de apoyar las acciones de las Naciones Unidas partiendo del principio de injerencia humanitaria. Ello no obstante, y para distanciarse de su predecesor y de las críticas que había generado en este ámbito, el nuevo presidente asumió un discurso teñido de voluntad pacificadora y de buen entendimiento. Ahí residía, precisamente, la esencia del *wilsonismo práctico*, según denominación de Anthony Lake, responsable del Consejo de Seguridad Nacional. Con este planteamiento procuraba la distensión en aquellas zonas de conflicto que no solo no se habían calmado sino que podían generar convulsiones todavía mayores: a los casos de Corea y Oriente próximo y medio se unía la guerra abierta en los Balcanes.²⁶

Si la actitud de Clinton era sincera, la hiperpotencia norteamericana debía, indudablemente, contar para sus planes con la Federación Rusa surgida de los escombros de la URSS. El primer gran escollo tenía que ver, como hemos señalado antes, con la voluntad proatlantista y europeísta de los antiguos socios del Este, e incluso de algunas de las exrepúblicas soviéticas. Víctima de sus propios problemas internos —inestabilidad política, tensiones nacionalistas, debacle económica—, la Rusia de Yeltsin se convirtió en un rival inerte y hubo de resignarse a aceptar la pérdida de un espacio estratégico que durante siglos había formado parte de su zona de influencia.²⁷

Dentro de Rusia, la etapa de Yeltsin en el Kremlin también resultó a la postre negativa. Las expectativas de la población en quien se había convertido en un líder valorado, muy popular por su oposición al golpe de Estado, no se vie-

ron satisfechas. Ciertamente, la situación que había heredado el nuevo dirigente no era nada halagüeña, y él no fue capaz de enderezarla. La aceleración de las privatizaciones del inmenso sector público propició el enriquecimiento desmedido de algunos grupos (los *oligarcas*²⁸) sin que se redujeran las desigualdades sociales: por el contrario, a lo largo de los noventa decrecieron los salarios reales y la productividad. La evolución institucional distó mucho de alcanzar una consolidación democrática debido a la corrupción y a la escasa fuerza de unos partidos políticos sometidos al poder de sus líderes. Las tensiones internas dentro de la Federación estallaron en 1994 en la guerra de Chechenia, cuyo desarrollo mostró la debilidad rusa; a pesar del alto el fuego en agosto de 1996 y de la celebración de elecciones en enero del año siguiente, Yeltsin fracasó a la hora de pacificar el territorio por completo.²⁹ Había vuelto a ganar las presidenciales en 1996, pero los problemas económicos (en especial, las consecuencias de la crisis financiera de 1998) y su propio deterioro físico le condujeron, en diciembre de 1999, a ceder el puesto a su primer ministro, Vladimir Putin:³⁰ la presencia de este al frente de las instituciones del Estado resultaría decisivo en la redefinición de la política exterior rusa, en el intento de recuperar el prestigio e influencia internacionales perdidos por la potencia después de la disolución de la URSS.³¹

El final de la Unión Soviética, la desintegración de Yugoslavia y la ruptura de Checoslovaquia cerraban la era de la Guerra Fría en el Viejo Continente. Con el desplome del comunismo —consecuencia del fracaso del modelo político y socioeconómico ensayado durante las décadas del denominado *socialismo real*— las ideas internacionalistas entraban en una crisis cuyas dimensiones sobrepasaban el territorio europeo para dejar su impronta en otros movimientos o países que se habían inspirado en esa misma utopía. Sin lugar a dudas, esta situación preludaba un tiempo nuevo aunque, lógicamente, algunos vestigios del pasado, todavía con capacidad

de influencia en el panorama internacional, convivirían con fenómenos que, si no siempre eran nuevos, cobraban ahora mayor presencia.

La difícil adaptación de las organizaciones supranacionales

El eje articulador de la Guerra Fría —la tensión permanente entre el Este y el Oeste— desparecía arrastrando consigo el equilibrio de poder existente. En efecto, el orden internacional de posguerra había fundamentado su existencia en el permanente enfrentamiento (latente o explícito) entre los bloques, propiciando, paradójicamente, una cierta estabilidad en las relaciones internacionales. Su preeminencia había logrado oscurecer, hasta ocultar en ocasiones, las abismales diferencias entre el Norte y el Sur, desarrolladas a lo largo de las décadas posteriores a 1945 en función de procesos —específicos cada uno de ellos, pero conectados entre sí— tales como la descolonización y los retos de los nuevos Estados independientes: la consolidación de las estructuras estatales y la lucha contra las desigualdades socioeconómicas. El fracaso de estos procesos, sometidos a la corrupción flagrante y a la dependencia económica, había alentado al fortalecimiento de elites que se beneficiaban del enfrentamiento entre los bloques para mantenerse en el poder mientras Estados Unidos y la URSS las utilizaban en su particular forma de entender el tablero mundial. Por otra parte, las superpotencias evitaron el conflicto directo, lo cual no trajo como consecuencia un mundo más pacífico. La carrera de armamentos fue desaforada y no solo por la pugna entre los grandes, sino también por el rearme de los países de reciente descolonización, sumidos en la vorágine de la Guerra Fría.

No era extraño, pues, que entre 1989 y 2001 la sociedad internacional buscara el entramado de un orden distinto del surgido tras la Segunda Guerra Mundial, cuyos elementos constitutivos habían recibido un golpe mortal. No se trataba de una mera posibilidad, sino de una

exigencia demandada por los nuevos tiempos. Organizaciones tan características de la Guerra Fría como la OTAN o la ONU debían afrontar cambios necesarios y profundos si no querían acabar postergados por el curso de los acontecimientos. Las Naciones Unidas se perdieron en el hasta la fecha irresoluble debate sobre la reforma del Consejo de Seguridad. Por su parte, la Asamblea General fue incapaz de mejorar su prestigio, envuelta en las luchas de intereses particulares y quebrando así los principios fundacionales, como hubo de reconocer a lo largo de la década de los noventa la propia Secretaría General. El deseo de potenciar la prevención de conflictos para evitar, en la medida de lo posible, tragedias como la guerra de los Balcanes o las masacres de los Grandes Lagos en África chocó frontalmente con la ausencia de firmeza a la hora de actuar, temerosos los Gobiernos europeos y americanos de que unas sociedades acomodadas —presuntamente solidarias, pero, en realidad, tan solo si dichas acciones no perjudicaban su bienestar— reaccionaran mal al hecho de asumir el riesgo que conlleva el uso de la fuerza.³²

Respecto a la Alianza Atlántica, hubo un acuerdo general entre sus socios de que el fin de la presión de la URSS no eliminaba las amenazas. El panorama postsoviético en Europa era suficientemente expresivo de la inestabilidad generada, y no solo por la situación de los Balcanes. Además, ante las escasas inversiones europeas en tecnología militar, a nadie se le ocurría que el Viejo Continente seguía necesitando de Estados Unidos para intervenir en el caso de que se produjera un enfrentamiento armado. En estas circunstancias, el Concepto Estratégico aprobado en 1999 avaló el carácter regional de la OTAN. Teniendo en cuenta las características globales de los riesgos a la seguridad que se propagaban con rapidez inusitada tras el final de la Guerra Fría (entre otros, la envergadura alcanzada por el crimen organizado, el islamismo, la amenaza de dictaduras con un potencial armado muy destructivo, etc.), resultaba absurdo

mantener una Alianza incapaz de actuar preventivamente fuera del marco europeo.

Parecía evidente que los cambios operados en todos estos organismos internacionales respondían, en gran medida, a los retos surgidos en el suelo europeo durante la inmediata Posguerra Fría. Era preciso, en primer lugar, redefinir las relaciones entre Estados Unidos y una nueva Europa comunitaria, cuyas negociaciones para extenderse hacia el Este habían ya arrancado. El hecho de que en este nuevo escenario los vínculos entre Estados Unidos y Europa continuaran siendo privilegiados era entendido por las jóvenes democracias del Este como el mejor síntoma de estabilidad y, por tanto, como la mejor garantía para alcanzar la madurez. La reciente recuperación de sus respectivas soberanías nacionales y la seguridad de sus fronteras externas encontrarían en la OTAN su mejor defensa. El temor a una reacción rusa contraria a sus intereses —ya fuera real o infundada, pero siempre útil de cara a legitimarse ante la población— conducía a los Gobiernos de la Europa central, suroriental y báltica a aproximarse a la Alianza. Tal y como demostraron sus actuaciones en política exterior, e independientemente de su signo ideológico, todos ellos combinaron, en sus objetivos fundamentales, la democratización interna con la entrada en las Comunidades Europeas y la integración en la OTAN.³³

Por lo que a las Comunidades se refiere, desde muy pronto mostró el Consejo Europeo su apoyo a los cambios que se estaban operando en Europa del Este, por lo que desde finales de 1989 puso en marcha distintos programas de ayuda a los países que habían iniciado el cambio modernizador; entre ellos, el PHARE (Polonia-Hungría: Ayuda a la Reconstrucción Económica) y el BERD (Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo). Un salto cualitativo en el afianzamiento de las relaciones entre Bruselas y estos países fue la firma, entre 1991 y 1992, de los Acuerdos de Especiales de Asociación con Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria y Rumanía. El Consejo Europeo de Copenhague,

celebrado en junio de 1993, resultaría determinante en el camino que habían emprendido todos ellos hacia la integración. Los socios comunitarios reafirmaban su posición favorable al proceso a la vez que subrayaban la necesidad de que la integración plena se produjera siempre y cuando estuviesen garantizados no solo la economía de mercado, sino también el funcionamiento democrático de las instituciones del Estado, con el consiguiente respeto a los Derechos Humanos. La presentación de las candidaturas para la integración no se hizo esperar, y fue el Gobierno húngaro, a finales de marzo de 1994, el primero de los países del Este que solicitó la adhesión. Siguieron los restantes entre 1995 y 1996, mientras iban avanzando en la transición a la democracia y se fortalecían sus vínculos de unión con Bruselas hasta que, por fin, el 31 de marzo de 1998 se iniciaron las negociaciones.³⁴

Mientras tanto, la ampliación al Norte equilibraba el mapa comunitario tras la adhesión de España y Portugal a mediados de los ochenta. En esta ocasión, el ingreso de países tan ricos y desarrollados como Austria, Finlandia y Suecia favorecía la economía de la Unión y aportaba al conjunto una larga experiencia en políticas sociales y de cooperación. Así, pues, tras un breve periodo de negociación, los días 24 y 25 de junio de 1994 firmaron solemnemente los Tratados de Adhesión los primeros ministros de Finlandia, Suecia, Austria y Noruega, país, este último, que volvería a retirarse después de triunfar el No en un referéndum celebrado cinco meses después.

Ante la ampliación al Este, más difícil que esta última, Bruselas se mostró generosa. A pesar de la difícil situación de partida, los socios comunitarios apreciaron los ingentes esfuerzos desarrollados por los aspirantes, hecho que, sin duda, influyó en la aceleración de las conversaciones. El Consejo Europeo de Copenhague, celebrado en diciembre de 2002, anunció el cierre de la primera fase de ampliación con la entrada de diez nuevos países en la Unión Europea: además de Malta y Chipre, a Hungría, Polonia, República Checa y Eslovaquia se unieron Eslovenia, anti-

gua república yugoslava, y los tres países bálticos, antes repúblicas soviéticas: Letonia, Estonia y Lituania. Bulgaria y Rumanía quedaron pendientes para un segundo momento, fijado en 2007.³⁵

Aún mayor complicación que la adhesión de estos países a la UE revestía su entrada en la OTAN, en la medida en que afectaba a la posición estratégica de la Federación Rusa. Para evitar los recelos de la que todavía era una gran potencia, los responsables de la Alianza actuaron con cautela y buscaron acercar posiciones en aquellos años noventa en que parecía factible una distensión sincera de las relaciones internacionales, sobre todo después del acuerdo prácticamente unánime sobre la intervención contra Irak durante la Primera Guerra del Golfo. Incluso, en 1997 la OTAN y Rusia reforzaron aún más sus contactos al crear el Consejo Permanente Conjunto (sustituido, en mayo de 2002 en Roma, por el Consejo del Atlántico Norte-Rusia). Precisamente, en julio de aquel año de 1997 la Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la Alianza celebrada en Madrid admitió dentro de la organización a Polonia, Hungría y la República Checa, que se incorporarían oficialmente dos años más tarde. No hubiera sido posible esta primera ampliación de la OTAN al Este sin un clima favorable propiciado, también hay que señalarlo, por la debilidad de Rusia, y menos aún la segunda, decidida en 2002 y concretada en 2004, pues incorporaba, además de a Eslovaquia, Eslovenia, Rumania y Bulgaria, a las tres repúblicas bálticas, hasta hacía muy poco integradas en la URSS.³⁶

Asimismo, la Unión Europea siguió avanzando institucionalmente, a pesar de los vaivenes. El 13 de diciembre de 2007 se firmaba en la capital lusa el Tratado de Lisboa como puerto final del proceso comenzado por los Tratados de Ámsterdam (1997) y Niza (2000); entraría en vigor el 1 de diciembre de 2009. Con él concluía un periodo de dudas sobre el futuro de la Unión y se abrían las puertas a un sistema de instituciones integradas con el objetivo de dar mayor solidez al entramado comunitario. Comisión, Consejo Europeo y Consejo definían con

mayor nitidez sus cometidos y articulaban sus relaciones para desempeñar de forma conjunta el gobierno de la Unión, dotada ahora de un Alto Representante para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad con el objetivo de ganar peso en el panorama internacional. La voluntad política supranacional cedía ante el impulso intergubernamental, hecho que no iba en contra de la democratización del funcionamiento, pero sí lastraba el camino hacia una integración más rápida y efectiva.³⁷

Nuevo siglo, nuevos retos. El 11-S y la Guerra contra el Terror

La ajustadísima victoria de George W. Bush en noviembre de 2000 puso en entredicho durante varias semanas la limpieza y el control del proceso electoral en el país capitán de la democracia. Para muchos analistas, aquel escaso margen determinaría, muy probablemente, unos años grises para la Administración republicana. Sin embargo, el 11 de septiembre de 2001 cambió el mundo. Por primera vez en la historia de Estados Unidos varias acciones terroristas casi simultáneas sacudieron el corazón de su territorio, en algunos de sus más conocidos símbolos: las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono. Cuatro aviones de líneas comerciales norteamericanas habían sido secuestrados aquella mañana y utilizados como armas arrojadas contra puntos neurálgicos del poder económico y militar de la superpotencia. Pronto irrumpieron en los medios de comunicación de todo el mundo las imágenes de un millonario saudí, Osama Bin Laden, a quien, al frente de la organización islamista *Al Qaeda*, se atribuían tanto la preparación como la orden de ejecución de los atentados.³⁸

Además de las cerca de tres mil personas fallecidas en el ataque, el golpe psicológico y sus nefastas consecuencias económicas por la inmediata repercusión en las bolsas mundiales mostraron en toda su crudeza la capacidad operativa del terrorismo islamista, su voluntad radicalmente destructiva y su vasto potencial

desestabilizador.³⁹ Ello no obstante, los atentados pusieron a prueba la firmeza de la estructura económica capitalista y de las instituciones democráticas, su gran resistencia y capacidad de recuperación después de unos primeros días de incertidumbre. La reacción del Banco Central Europeo y de la Reserva Federal de Estados Unidos, junto a otras entidades financieras, fue conjunta y determinante al atajar una posible depreciación del dólar ofreciendo mayor liquidez. Las pérdidas en la navegación aérea y en el sector turístico fueron muy apreciables, pero las autoridades gubernamentales —de modo especial, las norteamericanas— aprobaron medidas legislativas para estabilizar y dinamizar la economía con incentivos a la industria y recorte de los impuestos, medidas que lograron, en efecto, una mejora de los índices de producción y consumo, aunque a costa del endeudamiento público.

Al mismo tiempo, el presidente Bush emprendió de inmediato una persecución contra el terrorismo internacional que, con el apoyo de la OTAN, comenzó con la intervención armada contra el Afganistán de los talibanes, sobre quienes pesaban pruebas fehacientes de colaboración activa en el adiestramiento de grupos terroristas.⁴⁰ A partir del 7 de octubre de aquel mismo año, primero por aire y luego por tierra, las fuerzas de la coalición acabaron pronto con las febles estructuras del Estado afgano.⁴¹ Ello no obstante, la resistencia talibán continuaría durante la transición hacia un Gobierno supuestamente democrático, tras el acuerdo alcanzado a principios de diciembre en Bonn, bajo el auspicio de Naciones Unidas.⁴²

El 11 de Septiembre marcó un nuevo capítulo en la política exterior de Estados Unidos y, con ello, en las relaciones internacionales. El discurso sobre el Estado de la Unión, pronunciado por el presidente norteamericano en enero de 2002, pasaría a la Historia por establecer la denominación de *Eje del Mal* para señalar a una serie de países (Irak, Irán y Corea del Norte) cuyos Gobiernos suponían un peligro cierto para la nación. Un año después de los trágicos suce-

sos el propio Bush presentó al Congreso una Estrategia de Seguridad Nacional acomodada a la inseguridad que acompañaba a los nuevos tiempos. Ante el nuevo enemigo, Bush expuso su parecer sobre la necesaria unidad de todas las potencias contra el fenómeno terrorista y advirtió al pueblo norteamericano de la posibilidad de una guerra preventiva en caso de que la situación así lo requiriese. Ante la amenaza terrorista solo quedaba una alternativa: una acción directa para no dejar impune ninguna agresión. Cabía, por tanto, la intervención armada en un país no democrático si este albergaba armas de destrucción masiva o si servía de refugio a terroristas. Como el enemigo había cambiado, también habría de hacerlo el sistema defensivo global: frente a las alianzas rígidas del pasado, era más operativo el acuerdo temporal entre Gobiernos para abordar problemas concretos.

No le faltaba razón al presidente norteamericano respecto a la profunda transformación operada entre quienes consideraban que había que terminar con los valores del mundo occidental. El enemigo no adoptaba ahora la forma de un Estado con una estructura política y económica concreta; era difuso, movedizo, con voluntad y capacidad para actuar en lugares y momentos dispares. El terrorismo islamista tenía convicciones profundas, fundamentadas en una delirante concepción anclada en el túnel del tiempo, pero sus primitivas ideas venían calando en la conciencias de muchos, atizadas por imanes radicalizados para quienes Occidente era la antítesis del mundo deseado por Alá.⁴³

La nueva Estrategia de Seguridad contra el *Eje del Mal* se plasmó en el ataque al Irak de Saddam Hussein, pero en esta ocasión el contexto internacional distaba mucho de ser el de 1991. Aun cuando parecía que se habían producido ciertos avances en la labor de los inspectores de Naciones Unidas para el control del desarme, el Gobierno estadounidense alegó los vínculos de Saddam con el terrorismo para invadir su país. En esta ocasión las discrepancias en el Consejo de Seguridad de la ONU fueron de fondo y a

la posición norteamericana le faltó el apoyo de Francia, Rusia y China. También le dieron la espalda otros aliados tradicionales como la República Federal de Alemania. La ausencia completa de unanimidad no arredró a Bush: en la madrugada del 20 de marzo de 2003 comenzó la operación *Libertad para Irak*, protagonizada por Estados Unidos y el Reino Unido, con el apoyo táctico de otros países, entre ellos España.⁴⁴

No había pasado mes y medio cuando, el 1 de mayo, concluía esta guerra preventiva, pero la obstinación de Bush había provocado tanto en la ONU como en la OTAN y la Unión Europea graves distorsiones y problemas internos difíciles de restañar al haberse violentado la precaria legalidad internacional. El 1 de julio de 2004 iniciaba su andadura en Irak un Gobierno de transición hasta que se celebraran elecciones, lo que sucedería en enero del año siguiente. A lo largo de todo ese tiempo los constantes atentados terroristas azotaron el país. Si el objetivo de la intervención armada había sido dotar de estabilidad y democracia, el resultado fue muy distinto: las disensiones entre chiitas, sunnitas y kurdos, la debilidad del Estado, la deteriorada situación económica —con pocos visos de recuperación— y la permanente amenaza del islamismo han convertido al país en un paisaje desolador.⁴⁵

Según distintas fuentes, en 2010 el número de muertos entre la población civil iraquí oscilaba entre los 350.000 y los 600.000 en un país cuya situación interna distaba mucho de haberse normalizado. La detención, juicio y ejecución, el 30 de diciembre de 2006, de Saddam Hussein, símbolo del fin del antiguo régimen baazista, no propició ni tranquilidad ni estabilidad aun cuando la nueva Constitución aprobada en 2005 hiciera albergar esperanzas. El Gobierno salido de las urnas a finales de aquel año, con Al Maliki al frente de una coalición de fuerzas chiitas, desencadenó pugnas en el resto de grupos religiosos y alentó los enfrentamientos tribales.

Una vez completada la invasión de Irak, la *Guerra contra el Terror* emprendida por el equipo

del presidente Bush tras la masacre del 11 de septiembre de 2001 continuó en el tiempo, quizá sin actuaciones tan contundentes, pero siempre con un alto grado de imprevisibilidad. Eso sí, los zarpazos del islamismo radical llegarían hasta los últimos rincones de la tierra, de Madrid a Bali, mientras se rompía definitivamente con la esperanza de un mundo menos conflictivo, aquel que había parecido posible en la inmediata Postguerra Fría.

Esta situación de extrema vigilancia contra el terrorismo sería determinante a la hora de convencer a la comunidad internacional de la necesidad de invertir en seguridad. De modo particular, la Unión Europea, extendida hacia el este del continente a partir de 2004, estableció políticas concretas y específicas para los distintos ámbitos geoestratégicos en que se encontraba su nuevo confín oriental: nos referimos al Marco de Asociación y Cooperación para la Federación Rusa, Ucrania y otros nuevos Estados Independientes y al Proceso de Asociación y Estabilización para los Balcanes occidentales. Unido a este objetivo prioritario de garantizar la seguridad en sus fronteras se encuentra la colaboración con sus vecinos en cuestiones de justicia e interior, así como la creación de un espacio de libre comercio basado en el Estado de derecho.⁴⁶

La economía, en el abismo

A la inseguridad mundial generada por la irrupción del terrorismo islamista se iba a añadir un elemento desestabilizador con dramáticas consecuencias en todo el planeta. A partir de 2006 la burbuja inmobiliaria generada en Estados Unidos, que había provocado un enorme crecimiento de la economía especulativa, dio síntomas de agotamiento hasta conducir, en 2007, a una profunda crisis financiera internacional. Algunos países, casos del Reino Unido y de España, fueron especialmente vapuleados debido a las condiciones de su mercado inmobiliario. De la noche a la mañana millones de ciudadanos de todo el orbe fueron familiarizán-

dose con una jerga económica muy particular, desconocida hasta entonces para la mayoría, pero que encerraba una carga letal: las *subprime*, hipotecas de alto riesgo por haberse concedido a personas con solvencia poco acreditada, hicieron crecer exponencialmente, después de 2006, los índices norteamericanos de morosidad. El sistema cimentaba su confianza no solo en que la vivienda nunca perdería su valor, sino en que este continuaría creciendo cada año, pero aquella supuesta seguridad se vino abajo. Además, este tipo de hipotecas formaba parte de una arquitectura financiera que proporcionaba a los inversores productos muy rentables, pero con pocas garantías.⁴⁷

En esta situación, la globalización resultó molesta al haber facilitado la internacionalización del capital, lo cual explicaba las inmediatas repercusiones mundiales del problema. Al margen del signo político, los Gobiernos nacionales tuvieron que actuar interviniendo las entidades financieras más vulnerables a través de masivas inyecciones de capital, sobre todo después de que el 15 de septiembre de 2008 quebrase Lehman Brothers y de que al mes siguiente la Cámara de Representantes norteamericana aprobase la compra de activos de la banca.⁴⁸

En efecto, después de la crisis terminal del comunismo en la mayor parte del mundo, de la liberalización económica en China e India y de la revolución de las comunicaciones con la extensión de la red y el cableado óptico, el mundo había cambiado. La globalización fue el proceso que mejor ilustró esta transformación auténticamente revolucionaria fundamentada en el crecimiento exponencial de los flujos de todo tipo en todas partes, no solo en los fenómenos más espectaculares, como las migraciones y la economía: también la ciencia, la información, el ocio, las nuevas formas de la guerra, la inseguridad, etcétera. Sin duda, la globalización de carácter económico iba a ser la más destacada —y criticada— por el apabullante avance de la internacionalización de capitales, inversiones y deslocalizaciones, proceso favorecido por la

reducción de costes del transporte y por la progresiva apertura legislativa de los Estados a la liberalización económica. Los detractores de la globalización insistirían en sus repercusiones negativas: generar más desigualdad, obstaculizar en los países menos desarrollados la creación de riqueza y favorecer el dominio de organizaciones poco transparentes vinculadas a los intereses de las grandes multinacionales. Para los partidarios, en cambio, la menor injerencia de las instituciones estatales, el nacimiento o consolidación de áreas y subáreas económicas ampliamente liberalizadas a lo largo y ancho del planeta —en una palabra, el libre comercio en su sentido más amplio— derivaban en mejoras sustanciales cuya socialización acababa llegando a millones de personas. Ello no eliminaba, por supuesto, las necesarias políticas redistributivas de los Estados. Al margen de este debate, parecía cierto que la globalización se había convertido en un fenómeno irreversible.⁴⁹

Apostar por la esperanza

Estrechamente relacionado con las primeras manifestaciones de la crisis global, pero también con la desastrosa intervención norteamericana en Irak, el prestigio de Bush había ido cayendo enteros: ya en octubre de 2006 los demócratas alcanzaron la mayoría en las dos cámaras legislativas, a modo de anuncio de lo que estaba por llegar. En febrero del año siguiente un desconocido senador por Illinois, de nombre Barack Obama, hacía pública la intención de presentar su candidatura a la Presidencia del país. Tras vencer en las primarias demócratas a Hillary Clinton, llevó a cabo una campaña electoral novedosa y ágil gracias, también, a sus excelentes recursos expresivos, en contraste con el aspirante republicano, John McCain.

La victoria de Obama el 4 de noviembre de 2008 certificaba las expectativas puestas en su persona, no solo por amplios sectores del electorado norteamericano, sino también por la opinión pública internacional, a tenor del asombroso

seguimiento de su campaña: el lema «Yes, we can» (tomado del Evangelio de San Mateo, por otra parte) había conseguido calar en millones de hogares como alusión, entre otras consideraciones, al necesario giro en la política exterior de la superpotencia, clave para la transformación de las relaciones internacionales. Con su equipo procedió, pues, Obama a planificar la retirada progresiva de las fuerzas estadounidenses desplegadas en Irak y Afganistán, mientras rompía con el legado de Bush y buscaba la pacificación de los territorios mediante el acuerdo con las partes implicadas en los respectivos conflictos. También fueron centro de su atención Rusia y China, al alentar la mejora de las relaciones con ambos. De hecho, la firma del tratado Salt III con la antigua potencia soviética y la del Protocolo de Kyoto, como muestras de su voluntad de favorecer la distensión y de su preocupación por el medio ambiente, contribuyeron de forma ostensible a reparar la imagen de su país en el mundo.⁵⁰

Fuera de Estados Unidos, con la crisis financiera de 2008 se vieron oscurecidas las perspectivas de un orden internacional erigido sobre la expansión de las políticas neoliberales y la democratización.⁵¹ Las nefastas consecuencias socioeconómicas extendieron su radio de acción por todo el mundo mientras fracasaban ostensiblemente la *primavera árabe* y las *revoluciones de colores* en el espacio postsoviético (Ucrania, Georgia, Kirguizistán). Respecto a aquella, mientras los regímenes occidentales daban muestras de apoyo a los dirigentes de Egipto y Túnez —países donde la ausencia de libertad era flagrante—, en el seno de aquellas sociedades venían gestándose desde hacía décadas movimientos de oposición que, aunque se intentó acallarlos por todos los medios posibles, fueron ganando fuerza en aquel contexto desfavorable. Occidente entendía que dar cobertura a aquellos dictadores era el mejor muro de contención frente al islamismo, mientras despreciaba la marea incesante de protestas de jóvenes provenientes de distintos sectores sociales. Aun cuando en los países árabes las diferencias socioeconómicas y

religiosas eran ostensibles, en la primavera de 2011 el caldo de cultivo largamente preparado terminó por estallar. Los movimientos de lucha contra el poder establecido se extendieron desde Túnez y Egipto hasta Yemen pasando por Libia, Siria y Bahrein. El discurso democratizador, proclive a las elecciones libres y a los Gobiernos populares, fue el nexo de unión entre las diversas formas que adoptó la movilización.

El fenómeno sorprendió a la Vieja Europa, atenazada por interpretaciones simplistas que insistían en ofrecer una visión monolítica y atrazada del islam. Sin duda, las nuevas tecnologías de la información, internet y las redes sociales sirvieron de mucho para organizar las manifestaciones de oposición a las dictaduras, pero no pudieron oscurecer la callada y tenaz lucha iniciada mucho tiempo atrás por agrupaciones juveniles, sindicatos, asociaciones de varios tipos y –por supuesto– fraternidades islamistas para extender una conciencia crítica frente a las autoridades estatales. Sin apreciar la dimensión que había alcanzado el hastío social en esta parte del mundo durante la primera década del siglo XXI no puede comprenderse la envergadura del proceso que dio comienzo con la denominada *primavera árabe*.⁵²

En los países sacudidos por la protesta se produjo la vuelta a las prácticas dictatoriales, como en Egipto, o al caos, como en Libia. En Siria, el régimen despótico de Bashar Al Assad no consiguió controlar a las fuerzas de oposición y la guerra civil se apoderó del país, agravada, con el tiempo, por la irrupción de las guerrillas yihadistas, que lo han llevado al borde de la debacle, con cientos de miles de víctimas y millones de desplazados.

Por otra parte, después de 2009 la Rusia de Putin presentaba las cartas credenciales como potencia deseosa de fortalecer su posición internacional, recuperando ámbitos de influencia en el antiguo espacio soviético, e incluso con la exhibición de poderío militar, como demostró con la intervención en la guerra de Georgia y

en la crisis ucraniana: tras caer Yanúkovich en marzo de 2014, en menos de un mes anexionaba Crimea a la Federación Rusa. El conflicto continuó sin que el presidente se arredrase; es más, apoyó a las fuerzas armadas prorrusas en el este del país, en la zona del Donbass. A instancias de Angela Merkel, el 5 de septiembre se alcanzó en Minsk un acuerdo de alto el fuego que abrió, también, el debate sobre el futuro de las provincias de Lugansk y Donetsk. Del encenamiento de las relaciones rusas con Estados Unidos y la Unión Europea se derivaba la voluntad del Kremlin de abandonar el puesto secundario que hasta entonces venía ocupando en el orden mundial.

Países emergentes, países indigentes

Desde 1978, de forma pausada pero constante, el Partido Comunista Chino ha seguido una senda reformista cuyos primeros resultados pudieron comprobarse ya en la década de los noventa. Tras la retirada voluntaria de Deng Xiaoping de la Secretaría General del Partido llegaba un hombre de su plena confianza, Jiang Zemin, que lo relevó a finales de junio de 1989, justo después de los trágicos sucesos de la plaza de Tiananmen. Deng había apostado por una fórmula tan singular como era la liberalización económica complementada con el férreo control del Partido y del Ejército para no dejar resquicio a aventuras que pudieran trastocar los objetivos de convertir definitivamente a China en una superpotencia. Esta línea de actuación ha continuado hasta nuestros días, jalonada por una serie de acontecimientos verdaderamente históricos en la trayectoria del país asiático: la reincorporación de Hong Kong, la entrada en la Organización Mundial del Comercio en 2001 y la elección de Pekín como sede de los Juegos Olímpicos de 2008 que, entre otros, se han convertido en una plataforma inmejorable para presentar los logros de la era Zemin –y su sucesor desde finales de 2002, Hu Jintao– ante la opinión interna y mundial.⁵³ La aspiración de China

a ganar peso en las relaciones internacionales, consolidar su fuerza como potencia regional y acercar su PIB per cápita al de los países más avanzados fueron también algunas de las cuestiones que se pusieron sobre la mesa en el XVI Congreso⁵⁴, donde fue elegido Jintao.

La actitud de las autoridades chinas desde finales de los años noventa de romper su tradicional política de aislamiento en las cuestiones internacionales (acercamiento de posiciones con el Kremlin, apuesta por el multilateralismo) ha favorecido su implicación progresiva en los asuntos geoestratégicos y, al menos hasta la fecha, les ha dado buenos resultados. De este modo, ha dado muestras de responsabilidad al favorecer la distensión alcanzando acuerdos fronterizos con las repúblicas asiáticas ex soviéticas, mediando en la crisis nuclear coreana y firmando el Tratado de Prohibición Total de Pruebas Nucleares.

Como era de esperar, el afán chino de lograr un estatus de gran potencia ha chocado irremediablemente con los intereses norteamericanos. En busca de una política propia y de peso en la seguridad internacional, en 2003 Pekín se distanció de la posición asumida por el Gobierno de Washington respecto de la intervención armada en Irak. Tampoco han gustado a Estados Unidos el extraordinario crecimiento del comercio y la interdependencia económica en el Extremo Oriente –los cuales han favorecido con claridad a China y desplazado un tanto a las privilegiadas relaciones norteamericanas con aquellos países–, y mucho menos aún su fortalecimiento de todo tipo de vínculos con la emergente India. En este orden de cosas, la diplomacia china ha querido ser muy cuidadosa en sus relaciones con los países en vías de desarrollo e incluso ha mantenido lazos con aquellos marginados de una u otra manera por la comunidad internacional, tales como Irán, Sudán y Zimbabwe, acompañados, en el primero de estos casos, de millonarias inversiones en el país.⁵⁵

Ahí radican, precisamente, algunos de los in-

terrogantes del país ante su futuro más próximo tras llegar Xi Jinping al poder a finales de 2012: por un lado, si se procurará socializar los beneficios con el objetivo de paliar en lo posible la miseria de, todavía, cientos de millones de chinos; por otro, si el Partido será capaz de adaptarse progresivamente a la nueva realidad social avanzando por la senda democratizadora hasta desembocar en un pluralismo real. La tercera gran incógnita es si la presencia china en el resto del mundo, la multiplicación de sus relaciones bilaterales y su defensa del multilateralismo contribuirán a fortalecer el papel pacífico que, dentro de un orden internacional profundamente interdependiente, parecen asumir las autoridades del país o si, en cambio, el gigante asiático se convertirá en un agente de distorsión.

Los procesos de democratización extendidos por América Latina a lo largo de la década de los noventa tuvieron que conjugarse con el fortalecimiento de los populismos a principios del siglo XXI, ejemplificados en nombres como Hugo Chávez en Venezuela y Evo Morales en Bolivia.⁵⁶ Aun así, la estabilidad política ha sido mucho mayor que a lo largo de la centuria pasada, un hecho al que se añade, entre 2004 y 2008, un crecimiento económico superior al 4% de media en todo aquel espacio geográfico. A pesar de la práctica generalizada de la corrupción, las catastróficas consecuencias que la crisis desatada al año siguiente hubiera provocado de haberse producido antes no iban a materializarse, salvo en casos muy contados, de tal modo que la estructura económica de los países latinoamericanos aguantó la sacudida provocada por el descenso del PIB y por el aumento del paro, sin que por ello se registraran cierres de entidades financieras ni salidas masivas de capital. Aun así, no puede dudarse que la potencialidad de los conflictos sociales e interestatales relacionados con la inseguridad y el crimen organizado continuaba mediatizando la vida cotidiana en la mayoría de estos países. Los casos de Honduras, Guatemala o El Salvador son paradigmáticos de la pérdida de consistencia de las instituciones

para atajar la violencia de bandas que ponen en jaque la competencia del Estado para dar seguridad a bienes y personas.⁵⁷ Con todo, ha sido muy positiva la proliferación de proyectos de integración regional como Mercosur, la Comunidad Andina de Naciones y la Unión de Naciones Sudamericanas, entre otros.⁵⁸ Esta última, por ejemplo, ha resultado fundamental a la hora de solucionar con rapidez conflictos como el enfrentamiento entre Colombia y Ecuador en 2008 y en la crisis de Bolivia en 2009.

Asimismo, el mapa regional de América Latina ha cambiado su configuración en los últimos años. El éxito de la transición chilena no ha conseguido imponerse como modelo en el resto del continente. Los vaivenes de la política y la economía argentinas han impedido una mayor proyección exterior del país, como lo ha hecho en Colombia el sempiterno acoso de las guerrillas. Méjico, puestos los ojos en su vecino del Norte, ha perdido predicamento en el Sur. En el caso de Brasil, su poder económico no se ha reflejado todavía en una mayor influencia sobre su entorno, algo que Venezuela sí ha logrado, bajo los peculiares principios del chavismo, con su discurso antinorteamericano y a favor de la integración regional.⁵⁹

En cuanto a Brasil, en 2002, después de varias elecciones presidenciales perdidas, Lula da Silva llegaba al poder al frente del Partido del Trabajo. Los años finales de la década de los noventa habían sido contradictorios. La gestión de Fernando Cardoso había sido muy positiva al cortar de raíz el gravísimo problema de la inflación e iniciar la privatización del gigantesco sector industrial y energético público, generando así un notable crecimiento económico, pero la última fase de su mandato se había visto oscurecida por la desaceleración del ritmo de crecimiento y las protestas sociales. Lula accedió a la Presidencia con un halo de revolucionario y un amplio apoyo popular que hacía presagiar políticas hondamente transformadoras. Sin embargo, el mandatario mostró prudencia y abandonó el discurso más izquierdista hasta adoptar un modelo inspirado

en la socialdemocracia. Con este impulso Brasil apareció ante el mundo como una potencia emergente y poco antes de que, en 2010, se despidiera Lula, se había convertido en la octava economía del planeta, con una dimensión internacional desconocida hasta entonces.⁶⁰ De ser un territorio más en la larga lista de exportadores de materias primas, el inmenso país fue cambiando la fisonomía de sus ciudades, creando centros industriales y fortaleciendo sus estructuras financieras. Gracias a los logros cosechados y a la indudable proyección mediática, Lula pudo promover el G-20 con el fin de incorporar Brasil, India y Sudáfrica a las potencias tradicionalmente influyentes en el tablero mundial.⁶¹ Por supuesto, continuaron presentes las lacras de la inseguridad y la corrupción, pero la mayor implicación del Gobierno y las medidas policiales surtieron algunos efectos positivos.⁶²

Las peores consecuencias de la crisis de 2008 coincidieron en aquel año de 2010 con el relevo de Lula por su fiel seguidora Dilma Rouseff.⁶³ El repunte de la inflación, la pérdida de músculo económico y la malversación están pasando factura y, al poner en entredicho parte de lo conseguido, abren nuevas incógnitas sobre el futuro de Brasil como ejemplo de BRICS.

En el África subsahariana, después del final de la Guerra Fría las organizaciones internacionales y los principales Estados donantes eran perfectamente conscientes de que las ayudas a fondo perdido no habían servido para paliar la pobreza ni tan siquiera para asegurar una base económica sostenible. El mantenimiento de regímenes dictatoriales, la corrupción generalizada y la intensificación de conflictos armados de viejo y nuevo cuño (Chad, Sudán, Somalia, Nigeria) mostraban la cara más dramática de la globalización. La exportación de materias primas y la explotación de los recursos energéticos continuaban siendo las fuentes de riqueza del continente.⁶⁴ No obstante, también aparecían en el horizonte signos de esperanza: en 2003 quince de cuarenta y tres países subsaharianos presentaban tasas sostenidas de crecimiento en los últimos años

y mejoras en su PIB.⁶⁵ En realidad, los datos tan solo reflejaban esa perspectiva de mejora, ya que la debilidad de las estructuras financieras, los vaivenes del precio de las materias primas en los mercados internacionales y la inseguridad jurídica afectaban seriamente a la capacidad inversora, propiciando un panorama a corto plazo si no desolador, al menos muy desfavorable.⁶⁶

Si con el final del siglo XX, tras el desmoronamiento del mundo soviético, la desideologización parecía dar paso al pragmatismo político, el siglo XXI lo ha desmentido al nacer de la mano del mesianismo religioso bajo la forma del islamismo. Sobre los escombros de la Guerra Fría Estados Unidos se presenta ante la opinión pública como una hiperpotencia capaz de intervenir de una u otra manera en cualquier punto del mundo pero, paradójicamente, debe, desde la cumbre de su poder, compartir ascendiente con un elevado número de países o áreas de integración (Unión Europea, Rusia, China, Japón, India, Brasil, Sudáfrica) lanzados a la búsqueda de preservar y ampliar su esfera de influencia. En un mundo inevitablemente globalizado, la supremacía de uno sobre los demás no presenta, pues, aquella nitidez que le fue propia en la época del enfrentamiento entre bloques.

NOTAS

- ¹ OUIMET, Matthew J., *The Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine in Soviet Foreign Policy*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2003.
- ² Sobre los fundamentos de la política exterior de Reagan, véanse MATLOCK, Jack F., Jr., *Reagan and Gorbachev. How the Cold War Ended*, Nueva York, Random House, 2004; MELANDRI, Pierre y RICARD, Serge (dirs.), *Les États-Unis et la fin de la guerre froide*, París, L'Harmattan, 2004; GRAEBNER, Norman A.; BURNS, Richard D. y SIRACUSA, Joseph M., *Reagan, Bush, Gorbachev: Revisiting the End of the Cold War*, Westport (Connecticut), Praeger Security International, 2008; MANN, James, *The Rebellion of Ronald Reagan. A History of the End of the Cold War*, Londres, Viking, 2009.
- ³ Algunos autores han subrayado la trascendencia del Acta en el Consejo y Parlamento Europeos. Véase, por ejemplo, BENEYTO PÉREZ, José M.^a y BECERRIL ATIENZA, Belén, «El proceso de construcción de las Comunidades Europeas: de la CECA al Tratado de la Unión Europea», en MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo y PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo Á. (coords.), *Historia de la integración europea*, Barcelona, Ariel, 2001, pp. 109-110.
- ⁴ DOCKRILL, Saki, *The End of the Cold War Era*, Londres, Hodder Arnold, 2005; PONS, Silvio y ROMERO, Federico (eds.), *Reinterpreting the End of the Cold War*, Londres, Frank Cass, 2005; MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, *1989, el año que cambió el mundo. Los orígenes del orden internacional después de la Guerra Fría*, Madrid, Akal, 2012, pp. 7-78.
- ⁵ PALAZUELOS, Enrique, *La economía soviética más allá de la perestroika*, Madrid, Ciencias Sociales, 1990; SA-PIRE, Jacques (dir.), *L'URSS au tournant. Une économie en transition*, París, L'Harmattan, 1990; SAKWA, Richard, *Gorbachev and his Reforms, 1985-1990*, Londres, Philip Allen, 1990; ROJO, Luis Ángel; SÁNCHEZ ASIAÍN, José Ángel y MAS-COLELL, Andreu, *Reforma económica y crisis en la URSS*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.
- ⁶ WHITE, Stephen, *Gorbachev in Power*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990; HAHN, Gordon M., *Russia's Revolution from Above (1985-2000). Reform, Transition and Revolution in the Fall of the Soviet Communist Regime*, New Brunswick (Nueva Jersey), Transaction Publishers, 2002; OGUSHI, Atsushi, *The Demise of the Soviet Communist Party*, Londres, Routledge, 2008.
- ⁷ HUTTENBACH, Henry R. (dir.), *Soviet Nationality Policies*, Londres, Mansell, 1990; CARRÈRE D'ENCAUSSE, Hélène, *El triunfo de las nacionalidades. El fin del imperio soviético*, Madrid, Rialp, 1991; BEISSINGER, Mark R., *Nationalist Mobilization and the Collapse of the Soviet State*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.
- ⁸ MILLER, John, *Mikhail Gorbachev and the End of Soviet Power*, Londres, St. Martin's Press, 1993, pp. 183-200.
- ⁹ GORBACHOV, Mijail, *El golpe de Estado. La verdad y sus consecuencias*, Barcelona, Ediciones B, 1991; POCH DE FELIU, Rafael, *Tres días de agosto. Golpe y revolución en la URSS*, Barcelona, La Vanguardia, 1991; SIXSMITH, Martin, *Moscow Coup. The Death of the Soviet System*, Londres, Simon & Schuster, 1991.
- ¹⁰ FEJTÖ, François y KOLESZA-MIETKOWSKI, Ewa, *La fin des démocraties populaires. Les chemins du post-communisme*, París, Seuil, 1992; OKEY, Robin, *The Demise of Communist East Europe. 1985 in Context*, Londres, Arnold, 2004; McDERMOTT, Kevin y STIBBE, Matthew (eds.), *Revolution and Resistance in Eastern Europe: Challenges to Communist Rule*, Oxford, Berg, 2006.
- ¹¹ Sobre la situación de la RDA a las puertas de su disolución véanse BAHRMANN, Hannes y LINKS, Christoph, *Wir sind das Volk. Die DDR im Aufbruch. Eine Kronik*, Berlin, Aufbau, 1990 y LINDNER, Bernd, *Die Demockratische Revolution in der DDR 1989/90*, Bonn, Bundeszentrale für Politische Bildung, 1998.
- ¹² GLAESSNER, Gert-Joachim, *Der Schwierige Weg zur Demokratie. Vom Ende der DDR zur deutschen Einheit*, Opla-

- den, Westdeutscher Verlag, 1992; JARAUSCH, Konrad H., *The Rush to German Unity*, Oxford, Oxford University Press, 1994; MAIER, Charles S., *Dissolution: the Crisis of Communism and the End of East Germany*, Princeton, Princeton University Press, 1997.
- ¹³ RAUSCHNING, Dietrich, «Der deutsch-deutsche Staatsvertrag als Schritt zur Einheit Deutschlands», *Aus Politik und Geschichte*, 33 (1990), pp. 3-16.
- ¹⁴ Sobre la diplomacia norteamericana ante la cuestión alemana, véase POND, Elizabeth, *After the Wall. American Policy Toward Germany*, Nueva York, Twentieth Century Foundation, 1990.
- ¹⁵ Véase BERGHAHN, Volker R.; FLYNN, Gregory y LÜTZELER, Paul Michael, «Germany and Europe. Finding an International Role», en JARAUSCH, Konrad H. (ed.), *After Unity. Reconfiguring German Identities*, Oxford, Berghahn Books, 1997, p. 181.
- ¹⁶ YETIV, Steve A., *Explaining Foreign Policy: U.S. Decision-Making and the Persian Gulf War*, Baltimore (Maryland), The Johns Hopkins University Press, 2004.
- ¹⁷ ABURISH, Said K., *Saddam Hussein. La política de la venganza*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 2001.
- ¹⁸ DANSPECKGRUBER, Wolfgang F. y TRIPP, Charles (eds.), *The Iraqi Aggression against Kuwait*, Boulder (Colorado), Westview Press, 1996.
- ¹⁹ Sobre la percepción de esta guerra en el mundo musulmán, véase PISCATORI, James, «Religion and Realpolitik: Islamic Responses to the Gulf War», en PISCATORI, James (ed.), *Islamic Fundamentalism and the Gulf Crisis*, Chicago, American Academy of Arts and Sciences, 1991,²⁰ Sobre la personalidad del líder serbio y su trayectoria, véase la excelente obra de VEIGA, Francisco, *Slobo. Una biografía no autorizada de Slobodan Milosevic*, Madrid, Debate, 2004.
- ²¹ COHEN, Lenard J. y DRAGOVIC-SOSO, Jasna (eds.), *State Collapse in South-Eastern Europe. New Perspectives on Yugoslavia's Disintegration*, West Lafayette (Indiana), Purdue University Press, 2008.
- ²² VEIGA, Francisco, *La fábrica de las fronteras. Guerras de secesión yugoslavas, 1991-2001*, Madrid, Alianza, 2011.
- ²³ IGNATIEFF, Michael, *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*, Madrid, Taurus, 1999.
- ²⁴ CHANDLER, David, *Bosnia. Faking Democracy after Dayton*, Londres, Pluto Press, 2000; BOSE, Sumatra, *Bosnia after Dayton. Nationalist Partition and International Intervention*, Oxford, Oxford University Press, 2002.
- ²⁵ Sobre su figura véase KLEIN, Joel, *Bill Clinton: una presidencia incomprendida*, Barcelona, Tusquets, 2004; puede encontrarse un estudio detallado de su estrategia exterior en la obra de quien fue uno de sus consejeros, SODERBERG, Nancy, *El mito de la superpotencia*, Buenos Aires, El Ateneo, 2005.
- ²⁶ DUMBRELL, John, *Clinton's Foreign Policy: between the Bushes, 1992-2000*, Londres, Routledge, 2008.
- ²⁷ TAIBO, Carlos, *La Rusia de Yeltsin*, Madrid, Síntesis, 1995; MEDVEDEV, Roy, *Post-Soviet Russia: a Journey through the Yeltsin Era*, Nueva York, Columbia University Press, 2000; FELKAY, Andrew, *Yeltsin's Russia and the West*, Londres, Praeger, 2002.
- ²⁸ HOFFMAN, David E., *Los oligarcas. Poder y dinero en la nueva Rusia*, Barcelona, Mondadori, 2003.
- ²⁹ GONZÁLEZ MARTÍN, Rodrigo y MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, *Chechenia, el infierno caucásico. Historia de un conflicto inacabado*, Alcira, Ediciones La Xara, 2012.
- ³⁰ GESSEN, Martha, *El hombre sin rostro. El sorprendente ascenso de Vladimir Putin*, Barcelona, Debate, 2012.
- ³¹ TAIBO, Carlos, *Rusia en la era de Putin*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2006.
- ³² RAMCHARAN, Bertrand G., *Preventive Diplomacy at the UN*, Bloomington, Indiana University Press, 2008; NEWMAN, Edward y RICH, Roland (eds.), *The UN Role in Promoting Democracy. Between Ideals and Reality*, Tokio, United Nations University Press, 2004.
- ³³ SMITH, Martin A., *NATO in the First Decade after the Cold War*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 2000; SMITH, Martin A. y TIMMINS, Graham, *Uncertain Europe. Building a New European Security Order?*, Londres, Routledge, 2001; DAWSON, Andrew H. y FAWN, Rick (eds.), *The Changing Geopolitics of Eastern Europe*, Londres, Frank Cass, 2002.
- ³⁴ MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo y PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo, «Las sucesivas ampliaciones. De la Europa de los Seis a la Europa de los Veintisiete», en BENEYTO PÉREZ, José M.^a, *Tratado de Derecho y Política de la Unión Europea. Tomo I. Desarrollo histórico y caracteres básicos de la Unión Europea. Naturaleza, valores y competencias*, Madrid, Aranzadi, 2009, pp. 188-195.
- ³⁵ HENDERSON, Karen (ed.), *Back to Europe. Central and Eastern Europe and the European Union*, Londres, UCL Press, 1999; VASSILIOV, George, *The Accession Story. The EU from 15 to 25 Countries*, Oxford, Oxford University Press, 2007.
- ³⁶ BARBÉ, Esther, *La seguridad en la nueva Europa*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1995; HOTTIAUX, Laurent y LIPONSKA-LABEROV, Joanna, *La politique européenne de défense*, París, L'Harmattan, 2000.
- ³⁷ MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, «El Tratado de Lisboa», en TROITIÑO RAMIRO, David y KERIKMÄE, Tanel (coords.), *Pasado, presente y futuro de la Unión Europea*, Madrid, McGraw-Hill, 2014, pp. 44-48.
- ³⁸ GUNARATNA, Rohan, *Al-Qaida. Au coeur du premier réseau terroriste mondial*, París, Autrement, 2002.
- ³⁹ Para quien intente comprender la ideología y objetivos de este fenómeno, resultarán de gran utilidad REINARES, Fernando y ELORZA, Antonio, *El nuevo terrorismo islamista. Del 11-S al 11-M*, Madrid, Temas de Hoy, 2004 y CORTE IBÁÑEZ, Luis de la y JORDÁN, Javier, *La yihad terrorista*, Madrid, Síntesis, 2007.
- ⁴⁰ GRIFFIN, Michael, *El movimiento talibán en Afganistán. Co-secha de tempestades*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2001.

- ⁴¹ COOLEY, John K., *Guerras profanas. Afganistán, Estados Unidos y el terrorismo internacional*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- ⁴² Los fundamentos de la acción antiterrorista de Bush están expuestos en la obra de dos teóricos neoconservadores, KRISTOL, William y KAPLAN, Lawrence F., *La Guerra de Irak. En defensa de la democracia y la libertad*, Córdoba, Almuzara, 2004.
- ⁴³ BURGAT, François, *El islamismo en tiempos de ál-Qaida*, Barcelona, Bellaterra, 2006.
- ⁴⁴ WOODWARD, Bob, *Bush en guerra*, Barcelona, Península, 2003; GARCÍA FLÓREZ, Dionisio, *Operación «Libertad Iraquí»*, Madrid, Ikonos Press, 2003.
- ⁴⁵ RIVERS PITT, William y RITTER, Scott, *Guerra contra Irak*, Barcelona, RBA, 2002; MARTÍN MUÑOZ, Gema, *Iraq. Un fracaso de Occidente*, Barcelona, Tusquets, 2003; SEGURA, Antoni, *Irak en la encrucijada*, Barcelona, RBA, 2003; REY GARCÍA, Pablo y RIVAS NIETO, Pedro, *Orden internacional y conflictos. Estudio de la guerra de Irak*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- ⁴⁶ Sobre las relaciones entre la Unión Europea y el este de Europa véase MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, «La frontera oriental de Europa. Nuevas perspectivas para viejos problemas», *Saitabi*, n.º 55 (2005), pp. 123-141, así como los trabajos incluidos en BLANC ALTEMIR, Antonio (ed.), *Europa oriental: en la encrucijada entre la Unión Europea y la Federación Rusa*, Lérida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2008.
- ⁴⁷ Puede encontrarse un análisis general pero muy esclarecedor en AMAT, Oriol, *Euforia y pánico. Aprendiendo de las burbujas y otras crisis: del crack de los tulipanes a las subprime*, Barcelona, Profit, 2008.
- ⁴⁸ Sobre los orígenes y causas de la crisis financiera véanse los artículos recogidos en FOSTER, John Bellamy y MAGDOFF, Fred, *La gran crisis financiera: causas y consecuencias*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2009. Respecto al desarrollo de la crisis es recomendable la lectura de TORRERO MAÑAS, Antonio, *La crisis financiera internacional*, Madrid, Marcial Pons, 2011.
- ⁴⁹ A favor del nuevo proceso podemos citar la obra ya clásica de BHAGWATI, Jagdish N., *In Defense of Globalization*, Oxford, Oxford University Press, 2004 y FRIEDMAN, Thomas, *La Tierra es plana. Breve historia del mundo globalizado del siglo XXI*, Madrid, Martínez Roca, 2006. Crítico con el fenómeno se muestra STIGLITZ, Joseph E., *El malestar de la globalización*, Madrid, Santillana, 2006.
- ⁵⁰ Sobre las características del pensamiento político y de la acción exterior del presidente Obama véanse SANGER, David E., *The Inheritance: the World Obama Confronts and the Challenges to American Power*, Londres, Bantam Press, 2009 y PAINTER, Anthony, *Barack Obama, the Movement for Change*, Londres, Arcadia Books, 2009.
- ⁵¹ KRUGMAN, Paul, *El retorno de la economía de la decepción y la crisis actual*, Barcelona, Crítica, 2008.
- ⁵² DABASHI, Hamid, *The Arab Spring. The End of Postcolonialism*, Londres, Zed Books, 2012; SEGURA, Antoni, *Estados Unidos, el Islam y el nuevo orden mundial: de la crisis de los rehenes de 1979 a la primavera árabe?*, Madrid, Alianza, 2013, pp. 245-319.
- ⁵³ RÍOS, Xulio, *Mercado y control político en China. La transición hacia un nuevo sistema*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007.
- ⁵⁴ Al respecto, ha sido revelador el giro en la política exterior del país operado desde los años noventa y que ha roto con la concepción maoísta. Véase JIAN, Chen, *La China de Mao y la Guerra Fría*, Barcelona, Paidós, 2005.
- ⁵⁵ KURLANTZICK, Joshua, «China: una nueva estrategia diplomática», *Política Exterior*, n.º 117 (mayo-junio 2007), pp. 123-137.
- ⁵⁶ Acerca de la relevancia del populismo y el indigenismo en la política de estos países en los últimos años pueden consultarse FREIDENBERG, Flavia, *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*, Madrid, Síntesis, 2007 y MALAMUD, Carlos, *Populismos latinoamericanos*, Oviedo, Nobel, 2010.
- ⁵⁷ BROCKETT, Charles D., *Political Movements and Violence in Central America*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- ⁵⁸ La importancia de la integración regional para el futuro del continente es resaltada en VV.AA., *América Latina a principios del siglo XXI: integración, identidad y globalización*, Buenos Aires, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo/Banco Interamericano de Desarrollo, 2001 y TORRES, Jorge José, *El concepto de «integración latinoamericana»: contenidos, reformulaciones y continuidades*, Buenos Aires, Dunken, 2008.
- ⁵⁹ Ofrecen una visión crítica de conjunto GARRETÓN, Manuel Antonio, *Política y sociedad entre dos épocas. América Latina en el cambio de siglo*, Rosario, Homo Sapiens, 2000 y GARRETÓN, Manuel Antonio (coord.), *América Latina en el siglo XXI: hacia una nueva matriz sociopolítica*, Santiago de Chile, LOM, 2004.
- ⁶⁰ PETIT, Pere y VALENZUELA, Pep, *Lula, ¿dónde vas! Brasil, entre la gestión de la crisis y la prometida transformación social*, Barcelona, Icaria, 2004.
- ⁶¹ ENGARDIO, Pete, *Chinindia. Cómo China e India están revolucionando los negocios globales*, México D.F., McGraw-Hill, 2008.
- ⁶² ROUQUIE, Alain, *Le Brésil au XXI siècle. Naissance d'un nouveau grand*, París, Fayard, 2006.
- ⁶³ MERCADANTE, Aloizio, *Brasil: de Lula a Dilma (2003-2013)*, Madrid, Clave Intelectual, 2013.
- ⁶⁴ Para una visión general de la situación africana, véase HUBAND, Mark, *África después de la Guerra Fría*, Barcelona, Paidós, 2004.
- ⁶⁵ VEIGA, Francisco, *El desequilibrio como orden. Una historia de la posguerra fría*, Madrid, Alianza, 2015, p. 451.
- ⁶⁶ LOCKWOOD, Matthew, *El estado de África*, Barcelona, Intermón Oxfam, 2007.

